



Foto Angus McBean
Hamlet

romántica y pintoresca. Mis Webster se apega al concepto moderno, lo que está en desacuerdo con la obra.

El creer que los personajes contrarios al héroe, como el Príncipe de Marruecos y el de Aragón, deben tener apariencia de bufones, es seguir las normas de Hollywood, no las de Shakespeare, quien continuamente proyecta las equivocaciones ocasionadas por la diferencia entre apariencia y realidad. La razón por la cual la mano de Porcia debe ser ganada por el que prefiera el cofre de aspecto más insignificante, implica que esto la ayudaría a descubrir las cualidades morales de sus pretendientes sin peligro de engañarse por el aspecto externo. Al presentar dos hombres ridículos y vanidosos, la prueba a que son sometidos carece de valor.

Actualmente la mayor dificultad estriba en presentar a Shylock sin herir la susceptibilidad de sus compatriotas, ni de la creciente mayoría que está contra toda discriminación racial. Sin embargo, no es necesario disculpar a Shakespeare por haber escogido a un judío para encarnar este personaje, porque censura en él los defectos y no el pueblo que representa. La avaricia, el rencor, la crueldad son vicios que fustiga en personajes de nacionalidades diversas como Edmundo, Macbeth y Yago.

Emlyn Williams tiene una actuación vigorosa en el papel de Shylock. La huida de su hija lo incita a una venganza cruel disfrazada bajo el aspecto de justicia y la gran escena del tribunal en que Margaret Johnston, en el papel de Porcia, lo conduce a la misericordia, es el momento culminante de la obra. La intensidad y convicción con que lo viven salva las deficiencias señaladas antes.

Hamlet.

Al comparar la película de Lawrence Olivier con la producción de *Hamlet* en Stratford resaltan las limitaciones de Alan Badel, quien no tiene la variedad de matices, ni la calidad de la voz, ni la hondura emotiva que tiene Olivier. Sin embargo, Badel es un actor inteligente y sensitivo.

Las escenas de personajes sobrenaturales en el cine tienen un realismo que el teatro no puede darles. El fantasma

del padre de Hamlet tiene una voz desagradable, y es tan poco convincente que baja la tensión durante la revelación que hace de su muerte. En cambio, en la película, esta escena crea un ambiente de misterio que va en aumento hasta alcanzar el *climax* dramático.

El director, Michael Lanham, le imprime un ritmo acelerado, y las tres horas que dura pasan rápidamente, porque no necesitando cambio de escenarios, las escenas se funden unas con otras, y mientras salen unos actores otros entran sin que decaiga el interés un solo momento.

La producción de Desmond Hall tiene un solo escenario, con una plataforma octagonal en el centro, y una cortina que cae en pliegues a la derecha del público, separando la entrada de las escaleras que descienden atrás de la plataforma. Todos los cortinajes y tapetes son de color negro excepto la plataforma que es de madera y sólo la cubren, en la escena de la representación palaciega, con un tapete rojo brillante. Sobre este fondo de austeridad y fatales augurios se destaca la policromía del vestuario de los cortesanos; y se confunden con él el traje luctuoso de Hamlet y los uniformes verdegris de los soldados. Laertes, el adversario de Hamlet, en contraste con éste, lleva un traje rojo y suntuoso apropiado para la vida de placer que tiene en París.

La Ofelia de Dilys Hamlett, es una joven menos ingenua que la de Jean Simmons, y no logra el tono patético que requieren las escenas de la locura. Harry Andrews y Diana Churchill en el pa-

pel de Claudio y Gertrudis, reyes de Dinamarca, no demuestran señales de pasión en ningún momento; se conducen como cualquier matrimonio que ha aprendido a soportarse mutuamente después de largos años de convivencia.

George Howe, en el papel de Polonio, tiene una actuación extraordinaria, haciendo de él el cortesano de facultades mediocres convencido de poseer un juicio infalible y certero. Es el pobre burgués que sacrifica a su hija porque a la desconfianza llama prudencia; y, en cambio, protege la vida licenciosa de su hijo. Sin embargo, es un hombre a quien podemos disculpar todos sus errores y defectos porque su propia pequeñez espiritual frente a un destino implacable lo hace digno de compasión.

Polonio representa al hombre imposibilitado para penetrar en los estratos más hondos de la experiencia humana. Siempre que aparece en escena relaja la tensión porque vive en la corteza vital, en donde todo se soluciona con un poco de sentido común, esto es, en un mundo donde no existe misterio ni terror. Cuando muere accidentalmente, termina con él el eslabón entre dos mundos opuestos que los mantenía en equilibrio y empieza el vértigo hacia las pasiones desencadenadas y los crímenes continúan en cadena ininterrumpida hasta el final.

El teatro tiene la enorme ventaja sobre el cine, en una pieza como *Hamlet*, de conservar el texto sin mutilarlo, y la incomparable belleza de la poesía que encierra esta obra.

HISTORIA DOCUMENTAL

de mis

LIBROS

Por Alfonso REYES

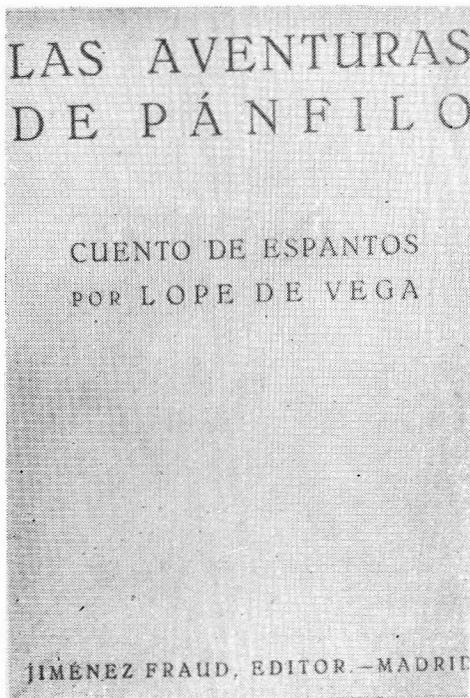
X. El año de 1920

(2ª parte)

E. Ediciones ajenas

1. LOPE DE VEGA. *Las aventuras de Pánfilo, cuento de espantos* (Madrid, Colección Infantil Granada de A. Jiménez Fraud, 1920) es fragmento de *El peregrino en su patria* a que ya me he referido en el capítulo ix. El tomito lleva unos expresivos dibujos de Romero Calvet. "Bello libro, realizado en forma verdaderamente feliz", comentó Díez-Canedo (*La Voz*, Madrid, 20 de noviembre de 1920).

Un recuerdo para este singular amigo, Romero Calvet, que murió cuando ya no estaba yo en España. No sólo era un gran dibujante, sino también un autor de rarísimos cuentos, heridos por el aletazo de la locura. Y por cierto que había locura en sus ojos, orbes redondos llenos de sueño y sueños. Creo que no pudo conservar la razón hasta el fin de sus días: sabía demasiado, estaba en el secreto, veía más allá de nuestras fronteras habituales. En uno de sus cuentos, hay un enajenado que llevaba impresa en los ojos la imagen de su amante, y los demás huéspedes del manicomio se amontonaban en torno a él para descubrirla, mientras él miraba fijamente al vacío: digno de Gérard de Nerval, ¿no es cierto? Otro era el cuento de un señor rutinario y convencional, hecho a máquina. Su alcoba no tenía más muebles que una cama, una



silla, una mesa y la lámpara. Sus amigos, para ponerlo a prueba, clavaron sus muebles en el techo. Cuando el señor entró a su cuarto, no pudo con la paradoja, quiso restablecer el orden acostumbrado: se le vio subir de cabeza como una burbuja.

2. *Lecturas: Ensayos*. Selección de Alfonso Reyes (Madrid, Junta para Ampliación de Estudios. Instituto — Escuela de Segunda Enseñanza, 1290). Folletito de unas 130 páginas, donde cuidé de mezclar autores peninsulares y “nuestros americanos”, lo que no era usual en los textos escolares españoles de aquella época. Alguna vez pensé en hacer una segunda edición y, con ayuda de Díez-Canedo, tracé este plan:

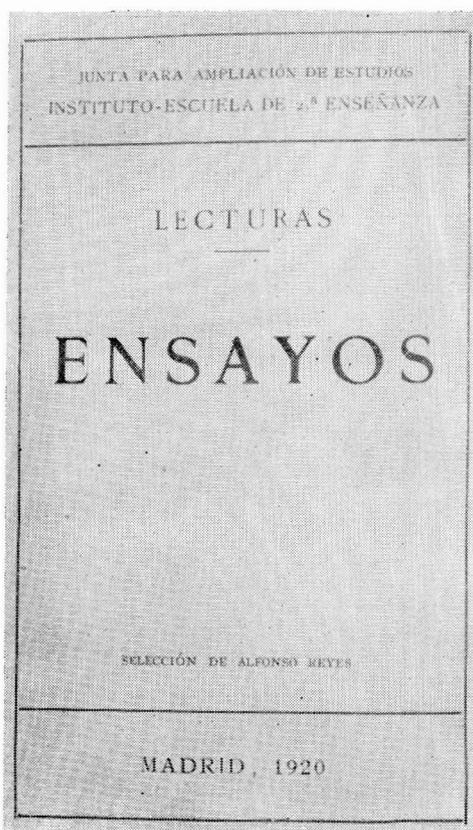
Sustituir por otro del mismo autor el fragmento de Justo Sierra, que no parece bien escogido. Poner algo de los “caracteres” del *Facundo*, Sarmiento. Añadir algo del Pensador Mexicano, Joaquín V. González, González Prada, Sanín Cano, Groussac, algunos modernistas americanos, y algunos españoles posteriores al 98. Acaso empezar un poco antes, con Feijóo, Forner, Cadalso, Isla, Jovellanos. Pero no se hace todo lo que se sueña.

3. José Ruiz Castillo, director de la “Biblioteca Nueva” y buen amigo mío, previo el permiso de los herederos, me encargó el cuidado de las *Obras completas* de Amado Nervo, de que llegamos a publicar hasta veintinueve volúmenes, de 1920 a 1928. Los posteriores quedaron confiados, en México, al P. Alfonso Méndez Plancarte. Aproveché en mi edición mis varios estudios sobre Nervo, a los que añadí otros posteriormente publicados en periódicos y revistas; con todo lo cual confeccioné luego el volumen *Tránsito de Amado Nervo* (Santiago de Chile, Ercilla, 1937).

Para aquella edición, el excelente Rodolfo Nervo, hermano del poeta, me proporcionó abundantes documentos. Pude presentar variantes, restablecer textos, hacer anotaciones y aclaraciones, ordenar el volumen de *La amada inmóvil*, inédito en buena parte, etc. Recientemente, ya en México, comuniqué a Alfonso Méndez Plancarte documentos iconográficos —que él estaba coleccionando antes de morir—, datos sobre el acto conmemorativo a los diez años del fallecimiento de Nervo, acto que provoqué desde Buenos Aires y de que se encargó la poetisa Juana de Ibarbourou en Montevideo (24 de mayo, 1929); y un cuadernito con las últimas páginas manuscritas de Nervo, encontrado entre sus papeles póstumos. Alfonso lo reprodujo íntegro, verso y prosa, en *Abside* (México, mayo de 1943), y, bajo el título *La última luna*, aprovechó los versos al final de su edición de las *Poesías completas* de Nervo. Yo había entresacado ya el poemita “Bienvenida” para el número único de *Libra* (Buenos Aires, 1929); y otras cuatro piezas andaban por ahí en otras publicaciones. El cuaderno está dedicado al “último amor humano” de Nervo, y data de abril y mayo de 1919. (Ver la ed. de Nervo al cuidado de Méndez Plancarte, Espasa-Calpe, 1943, II, p. 544). Aún conservo parte del archivo epistolar de Nervo —cartas de mujeres—, que todavía no son publicables.



Dibujo de Romero Calvet para *Las Aventuras de Pánfilo*



Cuando iban ya publicados trece volúmenes, E. Díez-Canedo escribió:

Dirige la edición don Alfonso Reyes, compatriota de Nervo y amigo personal suyo. Ha tenido a la vista todas las antiguas ediciones, los manuscritos, los papeles que el poeta mexicano dejó. Y ha puesto en la tarea algo más que su tacto y pericia cabales; ha puesto un fervor espiritual con el que únicamente se podría conseguir lo que él ha logrado: que esta edición de Nervo no sea una simple recopilación de sus escritos en que las obras menores pasen al amparo de las fundamentales, sino un verdadero retrato del poeta y del hombre. Prólogos, notas, advertencias, aclaraciones, variantes, nada se echa de menos; y todo sin empacho erudito, cuando es necesario y oportuno (*La Voz*, 8 de octubre de 1920).

Y Victoriano Salado Alvarez, que vivía en San Francisco (California), escribía el 9 de enero de 1921 en *La Prensa* de San Antonio (Texas), periódico de lengua española:

La edición corre a cargo de Alfonso Reyes, sin duda el mejor preparado entre nuestros jóvenes para el magisterio literario. Con cuidado maternal (*sic*) ha reunido todos los escritos de Amado Nervo, anotando las variantes y logrando publicar trozos inéditos o poquísimo conocidos. Yo no apruebo tamaña devoción. Para algo más que para registrar variantes sirve el agudo ensayista que tan bien ha sabido estudiar al autor del *Héroe* y el *Discreto* y al de las *Soledades*. Tarea tan servil debe dejarla a los criterios viejos y barrigudos...

¿Tarea servil, la edición cuidadosa de un amigo y poeta?

En comentarios privados, se me dijo que Nervo era autor de antología y que desmerecía en las obras completas. Yo estimo que otro tanto puede decirse de todos los escritores. Nunca he hecho caso de estos repulgos. Soy “coleccionista de almas” y me gusta contar con las expresiones cabales de los hombres insignes. Celebro también haber podido juntar mu-

chos cuentos y crónicas; aquéllos, finísimos a veces y todos marcados con la impronta inconfundible de Nervo; éstas, como los informes semificiales que enviaba de Europa, reveladores a veces de un tacto crítico en que aún no se ha reparado.

F. Notas finales

1. Vuelvo a las consideraciones iniciales de este capítulo, para explicar cómo sobrevino mi cambio de situación en España.

El erudito Francisco del Paso y Troncoso, director nominal de nuestro Museo y comisionado en Europa para buscar papeles históricos, murió en Florencia el 20 de abril de 1916, tras largas, afortunadas y laboriosas investigaciones. Dejó cajas llenas de documentos en Italia y en España. (Ver 'Silvio Zavala, *Francisco del Paso y Troncoso, su misión en Europa*, México, 1939). Sólo en 1919 fue posible trasladar las cajas que estaban en Florencia a Génova, por cuidados del Cónsul de México, Echegaray y Aragón. Sólo en 1921 comenzó nuestro Museo a recibir en México algunas de estas cajas; y el resto, sólo en 1926. No todos saben que, siendo ya Cónsul en Génova don Arturo Pani —quien no lo refiere en sus memorias—, tuvo que defender este tesoro contra la voracidad de un cónsul británico, trasladó a su casa familiar todas las estorbosas cajas, y allí las cubrió de tapices y sarapes para darles cierto aire de muebles.

Entre tanto, la comisión de Paso y Troncoso había quedado interrumpida, por los trastornos políticos de México. Luis G. Urbina, entonces Primer Secretario de nuestra Legación en España, medio arregló con el General Cándido Aguilar —al paso de éste por Madrid—, que se le entregara la herencia de Paso y Troncoso. El Ministro Eliseo Arredondo nos hizo designar secretarios de la Comisión Histórica a Artemio de Valle Arizpe, hasta entonces Segundo Secretario de la Legación, y a mí, que hasta entonces no tenía ningún cargo oficial. (Ver cap. ix.) Esto sucedía por diciembre de 1919.

En enero del siguiente año, del día 6 al día 15, Urbina y yo nos trasladamos a Sevilla, entiendo que en compañía de Pedro Henríquez Ureña, que andaba a la sazón en España, para una primera visita al Archivo de Indias, fuente sagrada de toda documentación sobre el México de la Colonia.

Por supuesto que no sólo en el Archivo de Indias custodia España documentos mexicanos o hispanoamericanos en general. En 1954, José Tudela de la Orden publicó en Madrid (Ediciones Cultura Hispánica) una obra voluminosa o "Catálogo inventario" de *Los manuscritos de América en las Bibliotecas de España*, donde reseñó los fondos existentes de veintisiete bibliotecas, y se quedó corto. De ellas, once son madrileñas, y A. Rodríguez-Moñino (*Bulletin Hispanique*, enero-marzo de 1956) acaba de hacernos ver que, aun para el solo Madrid, habría que añadir muchas cosas más.

Al instante nos ofreció amablemente su ayuda el caballeroso director de aquel archivo, Pedro Torres Lanzas, nombre singular, aunque no tanto como el de su

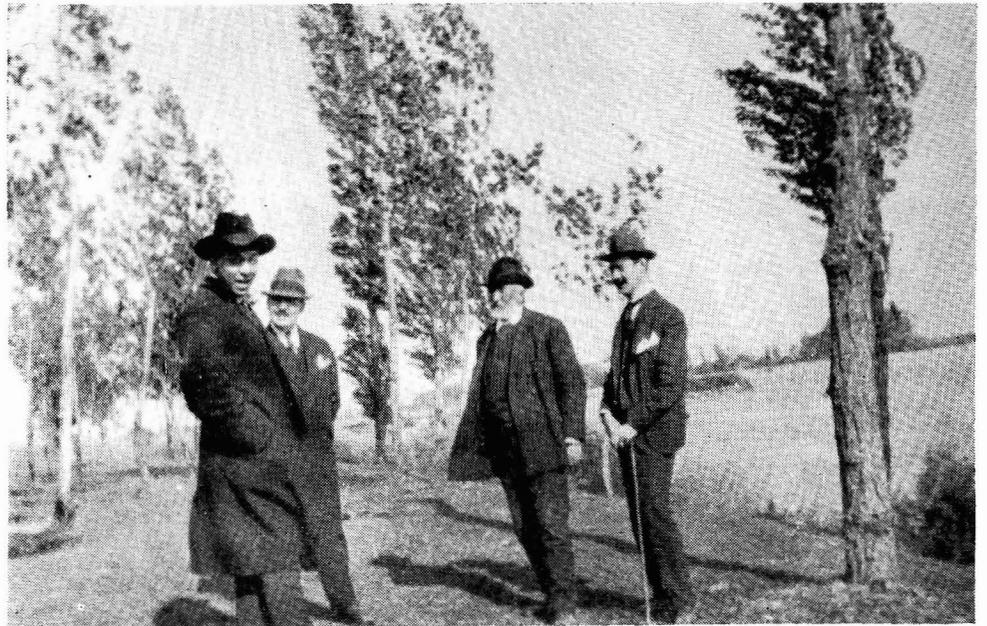
segundo que ahora vamos a conocer. Torres Lanzas nos dijo que él ya tenía privadamente copiados todos los papeles sobre México y podría proporcionárnoslos a ser preciso. Supongo que algo parecido se acostumbraba hacer en el Archivo de Indias para todos nuestros países, en previsión de las comisiones históricas. No acababa el director de dejarnos, cuando se nos presentó el subdirector, cuyo nombre es todo un "camelo", como dirían en jerga española, porque se llamaba Rubio y Moreno. Este señor nos manifestó que Torres Lanzas entendía poco del asunto, y que era él, Don Camelo, quien tenía en su casa traslado de todos los papeles que podían interesar a México, por si ello nos convenía... Conservo copia de tres informes sobre los trabajos preparatorios de la Comisión Histórica, que presenté al Ministro Arredondo en 17 de enero, 16 de febrero y 16 de marzo de 1920.

Pero he aquí que, entre tanto, el antiguo Ministro de México Francisco A. de Icaza —alejado de la diplomacia como se explicó en el cap. iv— se hallaba en México y tuvo la misma idea que Urbina. Carranza, el Jefe del Gobierno, nombró

a Icaza jefe de la Comisión Histórica que había de recoger y continuar la obra de Paso y Troncoso. Icaza regresó de México por abril de 1920, nos conservó como secretarios de la Comisión a Artemio y a mí, y al instante se dirigió a Sevilla.

Durante su ausencia, llegaron a Madrid las primeras cajas de Italia. Las guardé en los sótanos de mi casa (General Pardeñas, 32). Allí Artemio y yo procedimos a abrirlas y a levantar el primer inventario (23 de abril, 1920), que aún poseo. (Ver en la citada obra de Zavala, pp. 323 y s., la carta de Artemio, 25 de mayo de ese año, a don Luis González Obregón, en México.)

2. Poco después Artemio y yo, aprovechando la tregua en que nos dejó la momentánea ausencia de Icaza, hicimos un viaje a Salamanca. A este viaje me refiero en los prolegómenos que escribí para la monografía de M. García Blanco, *El escritor mejicano Alfonso Reyes y Unamuno*, al reproducirla de los *Cuadernos Hispanoamericanos* (Madrid, noviembre de 1955) para formar con ella un folleto del "Archivo de Alfonso Reyes" (F. no. 1, 1956). Allí cuento que, de vuel-



Salamanca. Visita a Unamuno

Foto Alfonso Reyes



Foto Alfonso Reyes

Excursión a Salamanca y Extremadura con P. Henríquez Ureña, J. de la Riva Agüero y Valle Arizpe

ta en casa, hablé de mi visita a Unamuno, y mi hijo, que era aún muy niño, me preguntó "cómo eran los amunos". Tomé varias fotos de Unamuno. Una de ellas aparece en el libro *De esto y de aquello*, tomo iv (Buenos Aires, Editorial Sudamericana), publicado por don Manuel García Blanco, y puede verse frente a la p. 433; pero hay dos errores: no es de "1922", sino de "1920"; y no es "Alonso Reyes", sino "Foto Alfonso Reyes".

En Salamanca, paseábamos por la célebre plaza recordando versos de Gabriel y Galán ("¿Y si sólo la plaza le enseñan [al Rey] los de Salamanca? ... ¡Pára Triguera! ¡Tente Temeraria!"), cuando he aquí que se nos reúnen casualmente Pedro Henríquez Ureña y el escritor peruano José de la Riva Agüero. Nos convidaron a seguir la excursión en el magnífico auto que traían. Los cuatro entramos por Extremadura: Plasencia, Cáceres, Mérida, Trujillo, no sin parar dos días en el Monasterio de Guadalupe para admirar los cuadros de Zurbarán ... y tras de pisar la tierra de los conquistadores, volvimos a Madrid.

3. Sobrevino aquí la catástrofe. Carranza fue muerto en México el 21 de mayo de 1920. El Ministro Arredondo, indignado y desazonado, declara cerrada la Legación, y poco después regresa al país, dejando los archivos encargados al Segundo Secretario Antonio Mediz Bolio. Pues Urbina también decide alejarse de momento, por solidaridad caballerosa con su jefe inmediato.

Pero el 10 de junio, por intercesión de José Vasconcelos, que acababa de regresar a México después de un destierro en los Estados Unidos, me devuelven por telegrama el cargo de Segundo Secretario (esta vez en la Legación de Madrid), que se me había caído automáticamente en París el año de 1914 (Ver cap. v, final de la parte llamada "El tránsito"). En *Cortesía* (México, Ed. Cultura, 1948, pp. 22 a 33) he transcrito los mensajes en verso y prosa que me cambié con Amado Nervo y con Eliseo Arredondo, para vender a éste mi espadín diplomático y volverlo a comprar después. (Enero de 1918 y 24 de junio de 1920: pues entonces aún no se suprimía el uniforme.)

Como Rafael Calleja insistiese amablemente en antiguas proposiciones sobre libros de carácter histórico, le expliqué en carta del 16 de junio de 1920 que ahora más que nunca me faltaba tiempo para semejantes tareas, por haberme reintegrado al servicio diplomático, sin contar con que el proyecto mismo me asustaba un poco.

Habiendo renunciado previamente a la Comisión Histórica, conservé la situación de Segundo Secretario hasta el 31 de diciembre de 1920, y en enero del siguiente año fui ascendido. El artículo sobre el Congreso Postal arriba mencionado lo escribí por haber concurrido a dicho congreso como delegado de México, anexo a la Comisión de don Cosme Hinojosa y Julio Poulat, jefe el primero y alto funcionario el segundo de los Correos de México. Poco después, también Artemio volvió a sus funciones de Segundo Secretario en la Legación.

En cuanto a la Comisión Histórica, Icaza fue ahora asistido por la poetisa María Enriqueta, que pone en la ejecución ma-



Visita a la tumba de Riva Palacio. Cementerio de San Justo y Pastor. Madrid, 1920

nual de su trabajo de escritora el cuidado y la minuciosidad de una mujer hacendosa en el bordado y el deshilado. Después, don Francisco publicó el *Diccionario autobiográfico de conquistadores y pobladores de la Nueva España*, se lo trajo a México y se atrajo una furiosa polémica. Volvió a España, murió. Más tarde se hizo cargo de la comisión Luis G. Urbina.

4. Durante la interrupción de relaciones, estuvo algunos meses al frente de nuestra Legación el licenciado Juan Sánchez Azcona, embajador que no llegó a presentar credenciales. A fines de 1920, tuvo la buena idea de congregarse al personal y a los mexicanos residentes en Madrid para una visita al cementerio de San Justo y Pastor, donde llevamos unas coronas a la tumba del general Vicente Riva Palacio. Nos presentamos de capa y "chistera", románticos y becquerianos.

5. Coincidió con Sánchez Azcona en Madrid, por breves días, el ingeniero Félix F. Palavicini, director de *El Universal*, que también traía título de embajador (*at large*), técnicamente al menos. Y, para completar el trío de personajes, apareció de incógnito por Madrid el ingeniero Alberto J. Pani, que acababa de dejar el cargo de Ministro en Francia y, llamado a México, decidió antes asomarse a España. Lo averiguó Artemio, y ambos nos pusimos a buscarlo. ¿Dónde? ¡El domingo en el Museo del Prado, porque fue grande aficionado a la pintura! Y, en efecto, allí lo encontramos, y lo acompañamos en su visita a Toledo. Entonces sucedió aquello que creo haber contado en alguna parte, ya no sé en qué libro: No sabíamos cómo desprendernos de un guía que nos ofrecía enseñarnos los monumentos de la ciudad, y que lastimaba mi amor propio de antiguo toledano y huésped del Ventanillo (Ver "Recuerdo del Ventanillo", *Las vísperas de España, Obras completas*, II, pp. 96-98). Artemio, gran viajero de España, también se consideraba ofendido. En el patio de la Catedral, el guía —que no cejaba— se nos acercó y nos dijo: "¿Ustedes dicen que conocen Toledo? Pues díganme donde está

un mono en actitud obscena, allí, en el revestimiento de piedra labrada que rodea esa puerta". No acertamos, y él nos lo señaló. Alberto se apiadó de él: "¡Ande usted! ¡Muéstrenos los monumentos de Toledo!" Y el hombre, con ancha sonrisa de alegría, me dijo: "¡Ya ve usted, señorito! ¡Si el hambre ha estudiado mucho!" A su regreso a México, Alberto sería nombrado Secretario de Relaciones Exteriores bajo la presidencia de Obregón que siguió al interinato de Pablo González, el cual pronto apareció también por Madrid, en viaje privado de recreo.

6. Pedro Henríquez Ureña, que ya había ido a España durante el verano de 1917, como lo dije en el cap. iv, llegó ahora a Francia en noviembre de 1919 y ya se encontraba conmigo en Madrid para la Navidad. Tras esta segunda permanencia en España —donde acomoda el viaje a Extremadura con Artemio y con Riva Agüero— embarcó a Francia en el "Lafayette", rumbo a los Estados Unidos, en septiembre de 1920. Pero antes anduvo por Valencia, Tarragona, Barcelona, Perpignan, Marsella, Niza, Montecarlo, Génova, etc., no recuerdo si acompañado, al menos en una parte del viaje, por Artemio. Mis apuntes son confusos y las cartas que conservo no aclaran mis dudas. Sólo me consta que Pedro desembarcó en Nueva York el 20 de septiembre de 1920, y que el 4 de octubre siguiente había vuelto a su puesto universitario en Minneapolis. Este mismo año se publicó en Madrid su libro sobre *La versificación irregular en la poesía castellana*, que él venía elaborando desde 1916, que enriqueció durante su verano en España el año de 1917 y luego siguió retocando, porque era incansable. Trabajaba a todas horas y en todas partes. Tal vez eso le costó la vida.

7. El 13 de diciembre de 1920 tuve ocasión de presentar, en el Ateneo de Madrid, a María Luisa Ross, precursora del periodismo femenino en México, en cuya antología de lecturas infantiles me han asegurado que Juan José Arreola descubrió precozmente su afición a las letras.